



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La relación entre participación política y conciencia feminista en las militantes salvadoreñas

Autor: Gargallo Di Castel L. Celentani, Francesca

Forma sugerida de citar: Gargallo, F. (1987). La relación entre participación política y conciencia feminista en las militantes salvadoreñas. *Cuadernos Americanos*, 2(2), 58-76.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año I, núm. 2, (marzo-abril de 1987).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA RELACION ENTRE PARTICIPACION POLITICA Y CONCIENCIA FEMINISTA EN LAS MILITANTES SALVADOREÑAS

Por *Francesca GARGALLO*
UNAM, MÉXICO

EN El Salvador, tras siete años de guerra, no hay mujer que haya llegado a la política por motivaciones feministas y ninguna ha desarrollado una reflexión sobre la condición específica de su género sin un análisis previo de la explotación y represión de las que es víctima el pueblo salvadoreño en su totalidad. Existen varias mujeres que, a raíz de la exasperación de las contradicciones sociales e ideológicas por el enfrentamiento político, la guerra y sus repercusiones, aún sin estar militando directamente en organizaciones humanitarias, sindicales o político-militares, han logrado enjuiciar las diferencias y marginaciones que reciben en el trato social y económico. Sin embargo, hay militantes que no cuestionan la especificidad de su participación sino para ensalzar la clarividencia de sus organismos políticos y que, en las relaciones de poder que conforman el eje de la vinculación entre mujeres y hombres, no han tratado de cambiar ni han analizado su situación de opresión sexual, cultural, social y política.

La respuesta a esta dicotomía podría radicar en que la práctica política no es suficiente para despertar una conciencia feminista, así como no lo es la opresión en sí. Ahora bien, la presencia de ambas fue necesaria en El Salvador para que las mujeres salieran de la adscripción a un esquema mental que implica su sumisión a papeles familiares, misma que sobrevivió, en los sesenta, a su integración al trabajo asalariado.

Siendo la guerra una crisis integral que abarca todos los aspectos de la vida cotidiana y sus valores, la relación entre participación política y conciencia feminista entre las militantes salvadoreñas sólo puede estudiarse en el marco de la supuesta permanencia e inmutabilidad de la relación entre los géneros en la vida cotidiana.

A pesar de lo que comúnmente se considera, las salvadoreñas tuvieron una importante participación política en la historia de su

país desde 1921, cuando las vendedoras de los mercados de San Salvador, Santa Tecla y Santa Ana, concentradas en la capital, tomaron por asalto a la policía del barrio del Calvario protestando contra las pésimas condiciones de vida y la represión instrumentada por la tiranía de los Meléndez-Quiñones. Un año después, totalmente vestidas de negro en signo de luto por la muerte de la democracia, seis mil mujeres desfilaron pacíficamente en apoyo del candidato presidencial Miguel Tomás Molina, el 25 de diciembre de 1922. Al ser ametralladas, "cientos de ellas se lanzaron enfurecidas sobre el primer Regimiento de Infantería".¹

En 1932, un número considerable de mujeres de la ciudad y la mayoría de las campesinas se sumaron al movimiento encabezado por Farabundo Martí, que fue reprimido sin distinciones de sexo por las tropas del general Maximiliano Hernández Martínez. Entre los treinta mil campesinos masacrados, las mujeres regaron con su sangre la tierra. Y tantas más, trece años después, desempeñaron un papel importantísimo en el derrocamiento del mismo Hernández Martínez, que abandonó el país en 1944.

Cada vez que en El Salvador surgió o fue reprimido un movimiento de carácter popular o simplemente liberal, la mujer participó en él. No obstante, y quizá por su propia entrega, nunca se detuvo a pensar sobre los cambios que podía impulsar en la administración de la paz civil diaria o de qué forma, al negársele un papel que no fuese el de agitadora en los momentos extremos, se le excluía de una toma de conciencia de su propia situación de inferioridad en los movimientos en que participaba.

Así, en 1952, durante la dictadura del coronel Osorio, la mujer fue torturada en las cárceles de la policía o lanzada al exilio. Y en los sesenta, padeció la represión del gobierno de José María Lemus. O en los setenta, al incorporarse a las organizaciones político-militares que se venían formando y que, en 1981, frente a la imposibilidad de alcanzar por la vía democrática una justicia social y una mayor repartición de la riqueza, se lanzaron a la guerra y lograron liberar un tercio del territorio nacional e instalar un gobierno revolucionario y de masas dirigido por los poderes populares.

Ahora bien; la incorporación política conlleva necesariamente una ruptura con las pautas tradicionales de conducta femenina y ningún ser humano es capaz de romper su cotidianeidad sin detenerse a reflexionar en el cambio que su nueva situación provoca. Más aún, las diferencias emocionales, culturales y sociales que

¹ Lillian Jiménez, "La mujer revolucionaria en El Salvador" en *Plural* (México), núm. 156 (1984), p. 38.

pueden analizarse entre el pensamiento de las mujeres que asumen un pensamiento y una práctica política y social y las mujeres que permancieron en la adscripción a sus funciones tradicionales de reproducción familiar y maternazgo, son considerables. Ni hablar de las que pueden constatarse entre las salvadoreñas que viven en las zonas de control gubernamental, donde todavía ni se ha emprendido una lucha reivindicativa de los más elementales derechos a la paridad salarial y social, y las salvadoreñas que viven en zonas de control guerrillero en donde, en la práctica, les es reconocida la igualdad económica, política, educacional y de combate.

En el presente artículo, me centraré en el estudio de tres testimonios de militantes que dejan entrever cómo la vida política —asumida como eje central del mundo público y activo— ha invadido los espacios de la familia y la cotidianeidad femenina. Las tres, al participar en actividades políticas, rompieron de hecho con la unicidad de una vida adscrita a las tareas domésticas, y a raíz de ello, empezaron a cuestionar el *status quo* al que están sometidas.

No obstante, sus mismos testimonios evidencian que la politización femenina ha tomado caminos distintos a la de los hombres. Las salvadoreñas que se han incorporado a la vida política por una motivación social propia, aún son una minoría frente a las que lo hicieron por la politización de su familia* y/o por la desaparición, cárcel y muerte de hijos, maridos, padres y hermanos, cuyos móviles decidieron recoger.

Su participación se ha dado indistintamente en instancias que pueden definirse como "masculinas" (partidos, organizaciones político-militares, sindicatos) y en las surgidas de su específica ubicación en la sociedad durante la guerra (comités de madres, asociaciones femeninas, comités de pobladoras de tugurios y de vendedoras de mercados). Es sólo en el último año y medio que las federaciones sindicales han abierto, por presión de las mismas sindicalizadas, grupos y comisiones que recogen las demandas propias de las trabajadoras.

Sin embargo, en El Salvador, como en otros países, la incorporación femenina a la vida política tiene implicaciones que tras-

* Cabe recordar que sería ahistórico pensar en la familia salvadoreña como en una familia nuclear compuesta por madre, padre e hijos ya que, en la mayoría de los casos, se trata de un núcleo familiar amplio unido por vínculos de sangre, de compadrazgo y aún por necesidades económicas y de supervivencia, en el que casi siempre —por motivos que van de la irresponsabilidad paterna a la desaparición de los hombres al esquema de congregación del núcleo— la madre o alguna otra mujer (hermana mayor, tía, suegra, abuela, cuñada) es el principal sostén económico.

cienden la lógica interna de las instituciones que integran y permite, a partir de la práctica y la socialización de las situaciones individuales de las militantes, el reconocimiento y el planteamiento de una conciencia de la opresión específica que sufren como mujeres en su clase, grupo de trabajo, escuela, barrio, familia y partido. Dichas implicaciones son las que dan pie al surgimiento de una conciencia de carácter feminista entre aquellas que, al trabajar políticamente, se percatan de su papel de agentes sociales activos y de la discriminación que sufren en su relación con la división sexual del trabajo y con el poder (sea éste individualizado como gobierno, marido o partido).

Entre las militantes, la conciencia de la opresión se desarrolla generalmente en tres etapas:

Surge como enjuiciamiento social global: el opresor es el enemigo del pueblo. El gobierno, la oligarquía, el ejército y la patronal son las instituciones hacia las que dirigen su primera rebelión. La guerra y la miseria son condiciones de opresión que experimentan diariamente y las que, por lo tanto, encaran con mayor facilidad.

Es sólo en un segundo momento que las militantes individualizan otra forma de opresión: la familiar. Ésta se manifiesta ante todo como turnos de trabajo doméstico que se suman a los desarrollados en su jornada laboral, sindical y política, y luego como dominación ideológica relativa al uso de los ingresos económicos y del tiempo libre, a las decisiones concernientes al núcleo familiar y a la libertad personal.

Finalmente —al asumir las dos formas de opresión arriba mencionadas y mediante un esfuerzo que implica la superación del miedo a la rebelión contra las instancias que siempre figuraron como las más abiertas y las únicas en que tuvieron voz y voto—, algunas militantes empiezan a cuestionar las actitudes paternalistas de su dirección sindical o de partido. En algunos casos éstas son descaradas: por ejemplo, a principios de 1986, Rebeca, una dirigente nacional, se retiró de una reunión porque uno de sus compañeros de partido la había callado alegando que las mujeres son menos inteligentes que los hombres ya que, de no ser así, no tendrían un lugar secundario en la sociedad. Otras veces son engañosas y se manifiestan a través de la repetición en el seno de los órganos políticos de prácticas comunes en la sociedad: en el Consejo Ejecutivo de la Asociación Nacional de Educadores Salvadoreños (ANDES 21 de junio), por ejemplo, de las diez comisiones representativas del gremio de maestros sólo tres, y precisamente las de finanzas, asistencia social y relaciones internacionales —que no son

justamente las de mayor trascendencia para la toma de decisiones internas—, están presididas por mujeres y, sin embargo, el magisterio salvadoreño se compone en un 70 por ciento de maestras.

La relación entre la participación política y la adquisición de una conciencia de la necesidad de cambio en las relaciones de poder en los ámbitos sociales (familiares y de partido), que aquí definiré por conciencia feminista, no siempre se manifiesta abiertamente. Aún en los casos que así sea, es necesario discernir entre las militantes que realmente alcanzaron un espíritu crítico en el interior de su participación por motivaciones propias (situación que considero positiva ya que prevé la superación de los cuestionamientos mediante una discusión y una práctica distintas a las institucionalizadas por las instancias políticas masculinas) y las que lo asumieron a partir de una directiva de su partido y gremio. Aunque a fin de cuentas las actitudes de ambos tipos de militantes adquieran rasgos comunes, el camino que las condujo a dicha toma de posición es distinto.

Este camino puede reconstruirse mediante el análisis a fondo de sus testimonios. La vida de las tres militantes escogidas tiene en común el hecho de que el discernimiento de una opresión específica es un proceso que se desarrolla a partir de la ruptura con la adscripción integral a los papeles femeninos reverenciados por la sociedad, mediante el ingreso a las filas de organismos políticos y la evidencia de recibir un trato —y por lo tanto ser— diferentes a los hombres.

Azucena representa un caso ejemplar de transformación por motivaciones políticas. Abandonada por el padre a los pocos meses de nacida, vive en el campo hasta que, a los diecinueve años, se casa con un maestro:

Eso sí, a pesar de que ya había vivido con mi madre el drama del abandono, todavía pensaba que al casarme alcanzaría una seguridad, que un hombre casado no se me iría fácilmente. Era la mentalidad en la que había crecido: una mujer casada no está sola, no está desprotegida. Y además en el matrimonio no me fue mal al principio. El marido era un compañero maestro y estaba comprometido con el gremio. A los pocos tiempos hubo una gran huelga de maestros y yo lo apoyé, sentía que así estaba bien. Y yo me sentía capaz de ayudar, me parecía que estaba bien ayudarlo porque sabía que él estaba del lado del pueblo y aunque yo al principio no participé con él en la huelga, lo ayudé desde la casa. En la segunda huelga ya participé a su lado, al lado de los maestros.

Tras esa primera experiencia, Azucena y su marido tuvieron que trasladarse a Platanares donde ambos participaron en la Comunidad Eclesiástica de Base del padre Rutilio Grande. Según Azucena una incipiente rebelión femenina le nació de las prédicas del padre, sobre todo de un comentario suyo contra una publicidad de neumáticos:

El padre decía que era denigrante para las mujeres que se dijera que las llantas estaban "calientitas, calientitas" y mostraran a una mujer desnuda que no tenía nada que ver con las llantas.

Al poco tiempo, Azucena se compromete políticamente con la Unión Nacional Opositora (UNO) que en 1972 presentó a Duarte y a Ungo como candidatos a la presidencia y la vicepresidencia, respectivamente. Tras el fraude electoral que obligó a ambos políticos a abandonar el país, con lo que dejan a la población sola frente al recrudecimiento de la represión, se incorpora a la Coordinadora Nacional de la Iglesia Popular (CONIP) y, cuando en 1975 las organizaciones político-militares adquieren fuerza y representación en la población salvadoreña, ingresa a las Fuerzas Populares de Liberación (FPL). Entonces se le manifiestan los primeros problemas maritales relacionados con su participación fuera de la casa y de las instancias políticas en las que militaba el marido. Éste empezó a exigirle permisos para salir y a acusarla de tener otros hombres:

Yo debía de pedirle permiso y siempre que me iba para una reunión tenía que ir cargando a los niños y aún así él me acusaba de que yo era una vaga, de que andaba por ahí con otros hombres. Pero él cuando iba a las reuniones no me pedía permiso, claro que no. Y entonces pensé que ésa era una discriminación porque con los niños auestas una no puede superarse ni siquiera políticamente porque en las reuniones está pendiente de ellos. Y se lo dije. Y empezaron los problemas. Aún con los hijos, sobre todo con la hija mayor. Hubo un rompimiento a tal grado entre ellos que hasta ahora no se llevan bien por las cuestiones políticas, aunque a él no le guste decir que es por la política porque le da pena y trata siempre de decir que es por cuestiones puramente morales y personales.

En el caso de Azucena, bien vale afirmar que la actividad política despertó el interés de las mujeres y que de éste nació una conciencia de opresión que revirtió, modificándolo, en su propio trabajo en la Asociación de Mujeres de El Salvador (AMES):

Estar trabajando en AMES, ir desarrollando todo un trabajo específico e ir entendiendo, a la luz de todo lo que es el estudio de la dialéctica en la situación real social y económica en que nos encontramos como mujeres a mí me hizo despertar, revisar de forma consciente mis principios, mi ubicación política, mi situación familiar, y el contexto en que me muevo. Sentí que mi decisión anterior estaba fundamentada si yo como mujer luchaba para hacer prevalecer los derechos de la mujer. De ahí viene también un cambio en toda mi vida: la lucha es un proceso de cambios positivos, de avances y es en 81 o en 82 que intuí que a mis hijos mismos no le estaba dando una educación adecuada y trato de reeducarme para darles una nueva educación a partir también de mi nueva forma de ser. A principios hubo unos choques, pero esos también se hicieron de alguna forma evolución: uno piensa que los hijos son manejables y eso no es cierto, los hijos también son personas y responden positiva o negativamente a una forma de educación, a principios impuestos. Consideré que las mujeres y los hijos somos parte de una familia que nos oprime a ambos como sujetos del hombre o de la familia misma. Entonces pensé que si yo iba a cambiar, podía ayudar pero no imponer un cambio a mis hijos para introducirlos a una sociedad que sea en realidad la que se quiere vivir y no la que le forman desde el exterior. Así yo empecé a hacer un trabajo en la casa y de análisis del por qué yo a veces no llegaba a la casa, que no fueran a pensar que no llegaba porque andaba vagando como le decía el papá. Explicarles que ando trabajando en lo de la organización de la mujer y que eso me hace sentir bien, que lo siento parte fundamental de mi vida, tan fundamental como ellos mismos. Para mí fue una de las experiencias más buenas y es en ese momento que me doy cuenta que se puede entender la lucha de la mujer antes, durante y después de un movimiento revolucionario, que no es cierto que con el simple triunfo de la revolución las mujeres serán liberadas porque este trabajo en las casas, con los hijos, en la soledad, nadie más que ella puede hacerlo.

Según Dora Rapold, "la participación en la acción colectiva, que significa una nueva experiencia como ser público y activo, favorece una toma de conciencia, una redefinición de los papeles femeninos tradicionales y una reevaluación de sí misma".² Cuando esta conciencia se da en el ámbito de una organización que por un lado apoya un proyecto revolucionario y reconoce a una orga-

² Dora Rapold, "Movilizaciones femeninas. Un ensayo teórico sobre sus condiciones y orígenes", México, 1986 (mimeografiado).

nización superior (el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional) como vanguardia, y por el otro se dirige a la incorporación de mujeres a la revolución mediante una concientización social para la misma, la "revaluación de sí misma" pasa de una fase subjetiva a una toma de posición como género. Según Azucena este despertar se hizo común en AMES:

Las mujeres son miedosas por la educación que recibieron y se subestiman, dicen que no son capaces de hacer esto o aquello. Iniciamos por despertar en las mujeres un mínimo de seguridad en ellas mismas. Al principio porque nuestro objetivo era incorporar a la mujer a la lucha revolucionaria, pero con el tiempo empezamos a ver que hay que protestar por el trato que la mujer recibe del compañero, aunque éste sea revolucionario. Empezamos a preguntarnos: ¿qué está pasando? Somos mujeres y también somos explotadas y mucho más explotadas que los hombres porque ellos mismos son opresores para nosotras, ellos no dejan que nos desarrollemos, no nos permiten participar en la sociedad como personas. De ahí nació una lucha ideológica que desembocó hasta en el enfrentamiento con los compañeros y aún con algunas compañeras de las organizaciones político-militares que no tienen claro el concepto de lucha de la mujer porque creen que en nuestro país sólo hay una lucha de clases, una lucha para botar al sistema imperante. Nosotras luchamos por la paz, queremos la autodeterminación, nosotras nos incorporamos a ese flujo de pueblo que está luchando por su independencia, porque sólo en una sociedad más justa nosotras podremos presentar nuestras reivindicaciones y luchar por ellas.

A pesar de haberse incorporado a la Asociación de Mujeres de El Salvador por mandato de su partido y de haber luchado durante más de 20 años por el derrocamiento del sistema salvadoreño en el que creció. Azucena, sin pedir una desvinculación del FMLN y sus directivas, reivindica, como mujer y como dirigente, una independencia que sólo se gana mediante la experiencia, la discusión interna y la praxis de una organización femenina:

La emancipación del pueblo es un concepto demasiado general; para la emancipación de la mujer es necesario romper con una educación tradicional, una cultura, una religión que nos oprimen. Aún los mismos partidos revolucionarios están pensados con estructuras masculinas y entonces cuando ellos están haciendo leyes, cuando están programando reformas y piensan en el cambio social, olvidan

que el 50 por ciento de la sociedad sufre otra explotación, una explotación que no sufre toda la población, sino sólo esa parte femenina que además de explotada es oprimida, reprimida y relegada por la sociedad y por ella misma. Hay que continuar con toda una lucha. Los mismos que dicen que no somos fuertes para trabajar, afirman que sí somos fuertes para irnos a la guerrilla. Y encima, aunque se ha demostrado la capacidad de la mujer para combatir, todavía tenemos limitaciones. Me pregunto yo dónde hay una mujer en la comandancia o cuál es la mujer primera responsable de una organización político-militar. Y sin embargo, tenemos ejemplos de claridad política tan grandes como el caso de la compañera Ana María, tenemos tantas compañeras dirigentas, tenemos combatientes en las fuerzas armadas revolucionarias y dirigentas de masas. Muchas han caído. Nosotras hemos demostrado en la práctica que sí somos capaces de desarrollarnos, ahora ya no vamos a pedir permiso para actuar, lo vamos a exigir.

Presente en el testimonio de Azucena, el tema del "antes y después" de la incorporación política para el despertar de una conciencia feminista, es una constante en el discurso de las militantes. Según la mayoría de ellas el acceso a una vida política ha sido el primer paso para romper con esquemas sexistas que consideraban "naturales" o "normales" aún cuando, como en el caso de Julieta, habían sentido algún deseo de rebelión contra su situación de diferencia en el trato recibido en la casa durante la infancia y habían percibido esa diferencia como una discriminación, ya que recuerda que "todo lo bueno era para los hermanos, todo el trabajo y el no poder salir era para nosotras".

El "antes y después" puede ser entendido como despertar total de un deseo de rebelión femenina: cuatro de las nueve militantes entrevistadas reconocieron que jamás se les hubiera ocurrido luchar para una mejora de su situación de no haber tenido como aguijón la necesidad de abandonar temporalmente o parcialmente sus actividades domésticas y de maternazgo para poder asistir a reuniones políticas; o puede entenderse como despertar parcial: cinco de ellas afirmaron que de algún modo se habían rebelado a su subordinación ya desde la familia de origen, pero que no habían podido encauzar esa rebelión hacia alguna finalidad antes de haber entendido "políticamente" el problema de la explotación. Es interesante notar que tres de las militantes del segundo grupo tuvieron problemas de pareja desde antes de incorporarse a la lucha política.

En el caso de Julieta, ella recalcó con mucha vehemencia que su interés político surgió desde que era estudiante y por motivación propia; no tenía en ese entonces ni marido ni hermanos comprometidos. De sectores medios bajos, trabajaba para poderse mantener en los estudios en la Universidad Centroamericana (UCA), dirigida por jesuitas:

Estaba estudiando psicología en la UCA. Ahí al terminar los cursos nos exigen que hagamos el trabajo de tesis en el campo y empiezo a hacer un trabajo sin saber adónde me conduciría. Y eso porque a pesar de haber estudiado con algunas dificultades, yo no conocía la realidad del campesinado. Y entonces llegamos allá para hacer un trabajo de psicología vivencial con los campesinos, a través de la iglesia que era la única que nos daba lugar de penetrar ese sector. Era el 75 y cuando terminábamos nuestro trabajo, nos quedábamos hablando con los campesinos. Ellos nos empezaron a decir sus verdaderas necesidades. Eso era en el pueblo de San Sebastián, en un lugar que se llama Cuscatancingo donde se trabaja en hilados y tejidos. Tenían problemas de que no podían encontrar el hilo o lo iban a comprar donde los grandes fabricantes de San Salvador que se lo vendían caro y nunca tenían o se les acababa. Nosotros lo vimos muy sencillo, claro está que desde nuestro punto de vista de universitarios, y les decimos que debían montar una cooperativa en la que cada quien diera el costo de su hilo y lo fueran a comprar a Guatemala. Esta primera cuestión fue tan buena que les seguimos diciendo que la organización es cosa buena, que individualmente no hubieran podido lograr lo que unidos sí. Pero, bueno, ese tipo de trabajo no le gusta al alcalde y éste nos manda los guardias para molestarnos, a decir que por qué llegábamos, que nosotros debíamos de irnos de ahí. Pues la cosa se puso tan dura que la guardia nos impidió seguir llegando. Éramos unos diez, mujeres y hombres, y a los tres o cuatro meses de estar haciendo ese trabajo, con el que además nos habíamos encariñado, el alcalde da la orden de arrestarnos si volvíamos. Es entonces que me nace una toma de conciencia de que es necesario organizarse, de que es necesario hacer algo más concreto. Era una toma de conciencia personal que nos vino aunque fuéramos de una universidad donde estudiaba también la burguesía. Pues a todos nos vino un deseo de profundizar en su conciencia política y el medio para unos fueron las comunidades de base de la iglesia, para otros el sindicato. Es entonces que yo empiezo mi práctica privada en la política.

Julieta entra posteriormente a trabajar en la Universidad Nacional y se incorpora al sindicato y al Bloque Popular Revolucionario, lo que motiva que sus clases sean escuchadas y/o interrumpidas por un vigilante. Ella relaciona este hecho con la que define su "segunda fase de toma de conciencia": la de la falta de libertad de cátedra y por lo tanto de dominación ideológica por parte de los grupos de poder:

Cualquier palabra que yo dijera que él creía contraria al gobierno era suficiente para que yo fuera declarada comunista y tuviera serios problemas en el trabajo. Por eso me conecto con una organización de carácter político mientras estoy en la Universidad, porque en El Salvador si no estás en una organización político-militar, pues tu conciencia no deja de ser una mera toma de posición intelectual que no trasciende a la práctica. Cuando mi situación se pone muy difícil, yo le pido a mi organización la posibilidad de salir al exilio y me voy para Canadá.

En Canadá recrudescen los problemas con su marido, con quien se había casado poco antes de partir y con el cual, manifestando una capacidad de decisión individual rara entre las salvadoreñas —y combatida tanto por las familias y las costumbres como por algunos miembros de la insurgencia que propugnan la reproducción como medio indispensable para el mantenimiento de la revolución—, decide no tener hijos:

Estuve casada como todas, durante tres años. Pero no quise tener hijos porque era un momento bien difícil y porque si los hubiera tenido, mi marido, con ese lazo, me hubiera amarrado más. Creo que la mía fue una decisión política, esa relación no funcionaba y yo prefería mi trabajo a tener un hijo. No me duele decirlo porque fue pensado. Además estoy convencida que una mujer es mujer aún si no es madre.

Es a partir de su situación personal que Julieta se acerca al trabajo con las mujeres:

Como entro en el campo feminista hay que dividirlo en dos: al reconocer que estaba tratando de cambiar un sistema en lo político, en lo social, lo cultural y lo económico, descubrí que hay una opresión. Es la opresión de los oligarcas, el gobierno y el ejército contra los campesinos y las clases menos privilegiadas. Así empecé a po-

nerme en una situación de clase y creció en mí un proyecto revolucionario como proyecto nuestro, global. Pero después empecé a analizar la problemática familiar a la luz de ese primer problema social. Entonces descubrí que hay machismo en mi país porque un obrero que es oprimido y al que se le inhiben todas sus aspiraciones, llega a su casa y quiere ser lo que la sociedad no le permite ser y quiere obtener en la casa lo que no puede obtener afuera y entonces ve y trata a su mujer con un sentido de inferioridad. Es una cadena: como el hombre oprime a su mujer, ésta oprime a sus hijos, éstos a los animales. Es un sistema en que los seres humanos no pueden vivir de manera humana. Para los padres, la hija que se va a casar ya no es una mano que va a trabajar en la familia, entonces no se le da una educación en las escuelas. La mujer va a educarse según una tradición familiar para servir en cuestiones del hogar, para servir, porque toda persona sólo es tomada en cuenta como mano de obra, como parte de la producción.

Tanto en el testimonio de Julieta como en el anterior de Azucena, el reconocimiento de la opresión femenina conlleva una simpatía, entendida en el sentido crociano de "sentir con", de "consentir", de las mujeres hacia otros grupos —generalmente no tomados en cuenta por la política revolucionaria economicista— que sufren opresión por motivos ideológicos y de poder, como los jóvenes y los homosexuales. Según Julieta, la opresión de los hijos tiene una estrecha relación con la represión sexual femenina:

Hay cantidad de mujeres que pueden tener hasta diez hijos y no saber lo que es un orgasmo. Se trata del desinterés de su compañero hacia su participación en el goce sexual pero también es culpa de la iglesia que ve a la cuestión sexual como un pecado y en el fondo le dice a las mujeres que sólo pueden tener sexo para reproducirse. En otras palabras, le enseñan que tener un hijo es como un castigo por el goce sexual. Naturalmente, ellas después lo ven como su parte de descarga de poder. Aunque los amen, es natural que los niños sean maltratados.

Esta relación castrante con la sexualidad y la "inevitable" maternidad es fuente de una doble moral:

Por eso hay como dos leyes no escritas, dos reglamentos duramente impuestos y defendidos por la sociedad: el de las mujeres y el de los hombres. Por ejemplo, el hombre puede hacerse a las prostitutas

sabiendo que éstas sólo le sirven para librar sus instintos sexuales. Pero ese mismo hombre cuando se va a casar busca a una mujer con una moral estrictamente familiar y religiosa, una mujer de su clase y virgen para que pueda ser la madre de sus hijos. De todo esto va naciendo una manera de pensar femenina y una manera de pensar masculina que creo que se refleja también en la vida política aunque en la guerrilla y en una organización político-militar a las mujeres se les dan las mismas oportunidades que al compañero. Ahora, esto es real y falso a la vez porque se le dan las mismas oportunidades pensando que parten de una misma base, que tienen el mismo tiempo disponible y eso no es cierto. Creo que ahí reside el centro de nuestro trabajo, es fundamental que hombres y mujeres se den cuenta que nuestra liberación debe de empezarse a luchar ya, porque como es fundamentalmente educativa debe de darse antes, durante y después del triunfo. La educación nuestra es una opresión que viene desde hace años y no nos la vamos a quitar de encima tan sólo con la toma del poder político.

En las zonas de control guerrillero, la ruptura con los moldes de lo cotidianeidad tradicional es tan generalizada que las mujeres no mencionan las tareas domésticas y de maternazgo como los principales hábitos de su vida, relegados en aras de la política. La colectivización de la mayor parte de las tareas diarias trajo como consecuencia no sólo guarderías y escuelas sino, más bien, centros de convivencia infantil donde la creatividad de los niños no entra en competencia con la materna, ni interfiere en sus quehaceres, dejándola libre de la doble presión de cuidarlos y de reprimirlos.

Dado que el medio en que se vive influye profundamente en la conciencia de los individuos, la presencia constante de los peligros de bombardeo e invasión, la preparación militar, la autodefensa, la supervivencia alimentaria del grupo han trastrocado la angustia por las obligaciones que las mujeres sentían con respecto a la familia, por la interiorización de su trabajo colectivo, "nuevos sentimientos de obligación", mucho más difíciles de analizar para el investigador porque, al no responder a los cánones a los que está sujeto su propio pensamiento, se le escapan. Entre éstos, hay que destacar los relativos a la guerra misma, a la *fidelidad* al partido u organización, a su propio cargo dentro de la misma, a la confianza política que algún *hombre* (o alguien que tenga su *status*: comandante, dirigente, etcétera) le tiene y a su mismo deseo de demostrar y afirmar su capacidad de luchar y trabajar a la par de y como un hombre. Aunque a primera vista no todas estas

obligaciones parezcan negativas —y sobre todo según varias militantes, la última—, lo son debido a que jamás un trabajo o una actitud que no surja de la libre relación entre el pensamiento y la acción, la especificidad y el conjunto, lleva a una conciencia individual. En otras palabras, si las interiorizaciones del deber son castrantes, no es suficiente cambiar el objeto de las mismas, trocar los papeles del maternazgo por los de la supervivencia material del grupo, sino analizarlas y superarlas hasta vivirlas en armonía con las decisiones personales que, llevadas a la práctica política y social, permiten una real democratización de las instancias de intercambio y de poder. La actividad política no puede ni debe ser una opresión más, sino un ejercicio de la libertad.

En el caso de las militantes que viven en las zonas bajo control de la guerrilla y, aún más, de las combatientes, el enjuiciamiento a la postura opresiva de la sociedad en que viven y de su relación con la misma, nace de una crítica global. Así como toda politización femenina en El Salvador tiene su primera motivación en la lucha contra la opresión social, toda crítica constructiva en los frentes comienza por la conciencia de la necesidad de humanizar las relaciones internas en las estructuras militares y de producción. Ya no se pone en duda la capacidad femenina de participación política ni la necesidad de ésta, pero se discuten las formas de la misma; ya no se plantea una lucha por la igualdad (las armas y el esfuerzo individual para demostrarla ya se la han otorgado), sino la recuperación de diferencias constructivas; las rabias, las frustraciones, las alegrías ya no se consideran en forma despectiva momentos emotivos típicamente histéricos y femeninos, sino experiencias de sensibilidad individual que permiten que los pensamientos se articulen en un juego que va de lo social a lo personal y que lo personal regrese, aceptado y acrecentado, a lo político.

Obviamente, no todas las combatientes han pasado o pasan por este momento de conciencia. Como las militantes que en las ciudades piensan que deben ser capaces de organizarse para que su vida política no desplace a la doméstica y sus "deberes" no entren en un conflicto demasiado grave como para poderlo sobrellevar, así muchas combatientes opinan que el haberseles permitido una incorporación desde una perspectiva de igualdad en la lucha armada es el logro mayor de la revolución.

Ahora bien, es en las zonas bajo control del FMLN donde empieza a manifestarse la superación de la lucha emancipadora para plantear la necesidad de una fase de liberación, ya que lograda ---como lo es en dichas zonas--- la emancipación jurídico-económica,

se puede llegar a plantear la existencia de valores y espacios propios a partir de los cuales reconsiderar la historia, la educación, los tiempos y las instituciones.

Asimismo, el pasaje de una etapa a la otra en el desarrollo de la conciencia feminista es doloroso y muchas militantes lo viven como una culpa, ya que implica enfrentarse a su estructura política aún sin querer salir de ella, analizarla desde una perspectiva que no es únicamente marxista y que "no ha tenido credibilidad por parte de la izquierda —fuera ésta institucional o no— porque no se lograba encuadrar en la lucha de clases".⁸

El testimonio de Rita es una amalgama de todas las contradicciones, las momentáneas durezas, las crisis, las seguridades de una combatiente que en seis años jamás ha dejado su participación aunque las transformaciones en la misma son evidentes. De todos modos, quería dejar planteada aquí esta impresión mía que me parece ser la punta más avanzada de un proceso *in fieri* como la revolución misma.

Rita, de 24 años, combate en el FMLN desde 1981 y está convencida de que "la liberación de la mujer parte de destrozarse el sistema". Su experiencia y sus reflexiones están indisolublemente ligadas a lo militar; no obstante, en ellas puede notarse la interacción de reflexiones personales que parten de lo físico y lo emocional, de una dura autocrítica en cuanto a su actitud y su comportamiento con las demás mujeres cuando estaba en un pelotón mixto y de una vaga simpatía hacia las organizaciones de mujeres. En todo su testimonio se nota un interés para analizar más bien el pasado porque, con sentido histórico de su situación, cree que hay que analizar los cambios y las permanencias de ideas, actitudes y deberes a lo largo de los años para poderlos valorar:

Mi experiencia pasa por lo militar. En 1981 estaba yo en la Resistencia Nacional (RN) y se formaron pelotones de mujeres en San Vicente y en Cabañas. Yo estaba en el de hombres, no de mujeers. No sé, supongo por mi nivel educativo. Era la tercera jefe de escuadra del pelotón. Antes había desaparecido el pelotón de mujeres, el mío, porque la mayoría murieron o desertaron. El hecho de convivir con compañeros fue importante. Por ejemplo, ir a limpiar la milpa, hacer tatús que te sacaban bolitas de agua en las manos. Pero nunca me quejaba: era jefe de escuadra, era política y tenía que dar el ejemplo. Pero además para tener credibilidad debía

⁸ Franca Basaglia, *Mujer, locura y sociedad*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1985, p. 10.

hacer más que los compas. Ellos te reconocen por eso. Por ejemplo, luego das una orden y te cumplen a pesar de saber que van a morir. Yo me sentía muy comprometida. Les tenía que dar el ejemplo a los hombres. No se niega que existen diferencias entre las mujeres y los hombres a pesar de que las tareas son iguales: nos levantábamos a las 4 o 5 para hacer ejercicios; yo tenía que hacer esfuerzos para seguir a los compañeros; a las cinco y quince, el canto de bandera, y después organización de las otras tareas: ingenieros, hacer tatús, la cocina ayudando a las compañeras, postas. Cuando no había incursión del enemigo, te mantenés sin dormir en la línea de defensa una vez a la semana cuidando. Cuando me tocó a mí, ¡entre las pulgas, la pirruña y la falta de ropa...! Pero fue importante. Así como es importante perderle pena al cuerpo. Una se limpia con piedras, hojas y olotes. Y cuando vienen las menstruaciones, como no hay nada, usamos trapos, alguien en broma los bautizó "trapox". Al principio me daba pena bañarme con los compañeros, pero cuando durante la contraofensiva yo estaba con las menstruaciones, me tuve que bañar en *blumers*, le perdí pena a la vergüenza y desde ahí me baño tranquilamente.

La estructura militar, que Rita no cuestiona, era rígida y pocas veces alcanzaba penetrar en las costumbres y la mentalidad de la población civil. Aún en las tareas de apoyo, los esquemas sexistas persistían:

- En la cocina, los hombres ayudaban a moler el maíz y las compañeras eran cocineras. Había cuatro: un día dos, y el otro día las otras dos. Los hombres le ayudaban a cargar la leña, a repartir la comida pero sólo le hablaban de ellos, de lo vergón que eran en la guerrilla.
- En esos días hubo mucho entusiasmo de las compañeras para formar un pelotón, pero a partir de la contraofensiva —que duró diez días casi—, las mujeres expresaron su temor, hicieron como que se retractaban y a los hombres le pareció normal.

Cuando a Rita se le asignó una tarea política, ella asumió el momento como una promoción por motivos de su capacidad. No obstante, las relaciones en las dos estructuras de la guerrilla no eran muy diferentes; en ambos casos la medida de lo positivo era la agresividad, el aguante, la capacidad de mando y obediencia ciega:

Después de esa contraofensiva, a mí me promovieron de lo militar a lo político: mi actitud en ese entonces fue agresiva, la consideraron

positiva, con mando real. Era un trabajo en expansión. Hicimos un pelotoncito de quince compañeros y nuestra tarea, junto con otros, era hacer trabajo político con la población. Eso fue para las fiestas de diciembre. Y posteriormente se quiso hacer otro pelotón: el Comandante Ramón los quería tener del pescuezo. El veía la importancia de incorporar a la población civil, a las mujeres, pero su problema era la forma de concebir a la relación sexual: era muy ortodoxo. Surgió un pelotón de mujeres y mi cargo era estar cuidando que los compañeros no se metieran con las compañeras, pues no podían tener relaciones sexuales porque una mujer embarazada es, en la práctica militar, una baja. De contracepción ni hablar, no había y no se iba a gastar en eso. El pelotón de mujeres tenía exactamente el mismo esquema que el de hombres: cuatro compañeras de cocina y las otras eran combatientes. La diferencia es que yo era la espía, le estaba cuidando las nalgas a las compañeras. Incluso Ramón había puesto un cartel de que prohibía la entrada a hombres. Eso era igual en el trabajo militar y en el trabajo político, el problema era que Ramón tenía un carácter tan fuerte, tan yuca, que incluso un día de guinda se paró un compa a recoger un mango y él le dijo: "El hijo de puta que vuelva a detener la columna, lo mato". En ese momento yo me sentí incómoda porque sabía que era incorrecto. Pero le obedecía porque era una orden militar. También un día él quería tomarme fotos con un M16 cuando, parabum, llegaron los Fuga Magisters y él me hizo subir al cerro para tomarme fotos combatiendo. Luego sugerí que no estaba bien.

La rigidez del esquema militar, sin embargo, trascendía los métodos de Ramón, quien por no cumplir órdenes superiores fue trasladado:

Después de la ofensiva de Cabañas se dio una peculiaridad: todas las compañeras quedaron embarazadas y todas parieron en el mismo mes. Así desapareció el pelotón. Ramón fue trasladado y yo quedé con tres compañeros. Es que como en aquel entonces no se le daba ninguna educación sexual ni ninguna libertad, muchas compañeras pensaban que acostarse con los compañeros era hacerles un favor, hacerles la vida menos dura, pues. Yo me quedé sola con los tres compañeros y me di cuenta de una particularidad: las mujeres más viejas no aceptaban la participación así porque así.

Para Rita, el problema de las relaciones interpersonales en la guerrilla estaba íntimamente relacionado con la necesidad de llegar,

antes que a dar órdenes, a preparar a la gente, y en particular a las mujeres, para que su incorporación fuera parte de un proceso de cambio más general:

Con el tiempo, se logró clarificar cuál es la organización de la estructura militar y cuál la de masas y la posición hacia la mujer fue diferente, se le dio la palabra, se le dio una organización. Desde un inicio, yo concebí la organización de las mujeres en una estructura propia como indispensable para saber lo que realmente estábamos haciendo.

A esta altura, sólo queda por presentar cuáles son los puntos de vista que las mujeres tienen acerca de su futuro. Todas las militantes lo relacionan con la revolución; sin embargo, a diferencia de lo que pasaba tan sólo hace cuatro años, cuando la simple palabra "feminismo" era considerada sinónimo de revisionismo, hoy las militantes aceptan que la revolución no es de por sí la panacea de todos los males y que el cambio en las estructuras de poder y familiares, en relación con el mundo femenino, sólo pueden cambiar por la organización de las mujeres mismas, por una revisión a fondo del sistema educativo, de las pautas de conducta femenina, de la emancipación económica y por el logro de una sociedad en que su lucha tenga por lo menos una posibilidad de triunfar. Todas las mujeres politizadas están de acuerdo con que, mientras el gobierno actual esté en el poder, no habrá posibilidad de lograr siquiera reformas que mejoren su situación laboral, mucho menos una revolución en lo cultural que permita entender a la sociedad ya no desde una perspectiva de competencia sino de cooperación y respeto de las diferencias en la unidad. Marta, del Comité de Madres Monseñor Romero, dijo una vez: "No queremos ser varones, queremos que mujeres y hombres marchemos juntos en la construcción de la paz. Ser todos iguales también sería una imposición opresiva". Creo que en el fondo la posición de las feministas salvadoreñas queda resumida en esa frase. Cómo alcanzarlo, mediante qué medios, es lo que abordó al final de su testimonio Azucena:

Nuestro objetivo fundamental por ahora es hacer un frente de mujeres que empiece a luchar por reivindicaciones laborales específicas, como son la cuestión del sueldo, de los días de asueto, la cuestión natal, prenatal y posnatal; y luego la cuestión de las guarderías, la vivienda, la salud, la educación. Un frente en que las mujeres se organicen y aprendan por qué no tienen acceso a un hospital para tener a su hijo, por qué son las primeras en ser afectadas por la

falta de trabajo, por qué son desnutridas. Nosotras tenemos prostitución, tenemos a mujeres en los tugurios, trabajadoras, vendedoras ambulantes. Además de sus problemas, que son una infinidad en el trabajo, hay que agregarles los problemas de la sexualidad. Este es un problema candente en El Salvador ya que por lo que ha pasado la única educación sexual que la mujer ha recibido ha pasado por la propaganda de la cuestión de la demografía, una educación sexual que es equívoca, que está de acuerdo con los esquemas del sistema, no una educación para la mujer que ella use y le sirva. La mujer no sabe gozar, sirve para que el hombre goce. De ahí viene la cuestión del aborto que es otro problema difícil y el problema de la violencia del hombre contra la mujer, las violaciones e infinidad de otras cosas que nosotras como mujeres, si queremos reivindicar nuestros derechos, tenemos que tomar en cuenta y analizarlos y luchar unidas. Mientras las mujeres no sean unidas, no estén de acuerdo, no va a haber ninguna mejoría en nuestra situación, mientras todas no estemos convencidas que el nuestro es un problema político y no sólo económico y sentimental, no va a haber revolución de las mujeres. No somos mujeres pacifistas que sólo vamos a luchar por la paz, ni sólo por el aborto, sino que nosotras queremos ser mujeres integrales, feministas integrales dentro de un contexto político que va de acuerdo a nuestra sociedad.